

categorías producto de la práctica científica, sino formulaciones en la ideología.

Es por esto que el trabajo de Igor Caruso —junto con el de Basaglia y Marie Langer— cobra una significación particular dentro de los ensayos reunidos en este libro. Caruso analiza la obra de Freud a partir de su carácter revolucionario; es decir, en tanto que la teoría freudiana, como método terapéutico, busca, mediante la liberación de lo reprimido, devolver al ser humano la conciencia de sus impulsos y necesidades, de sus deseos y pulsiones más profundos, y a través de ello, restituirle su espíritu crítico frente a cualquier circunstancia, ya sea ésta social o individual.

La ponencia de Armando Suárez, que cierra el libro, analiza las relaciones entre el psicoanálisis y el marxismo, destacando la necesidad de reubicar la práctica psicoanalítica en su contexto histórico, como única forma de devolverle su verdadero carácter científico y revolucionario.

Así, *Razón, locura y sociedad* viene a constituirse en un serio intento por desarrollar la crítica a la burocratización de las instituciones psiquiátricas y psicoanalíticas. Y, además, recuerda algo que la ciencia no debía nunca haber olvidado: toda teoría y práctica científica es producto de un determinado contexto social, y sus resultados necesariamente deberán reincidir sobre ese contexto. De lo contrario, y en la medida que no se democratizan las estructuras de estas instituciones, sus prácticas seguirán dominadas por la ideología y los productos que se obtengan de ellas serán cualquier cosa menos productos científicos.

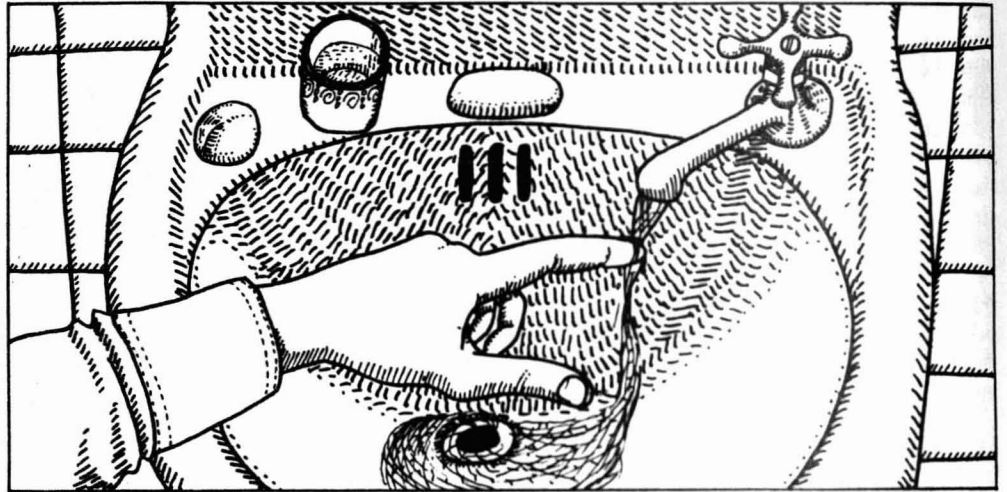
Irma J. Lorentzen

Varios autores, *Razón, locura y sociedad*, Siglo XXI editores, México, 1978, 199 pp.

Juan Villoro: El mariscal de campo

Uno de los últimos volúmenes de "La máquina de escribir", colección de *plaquettes* creada y dirigida por Federico Campbell, corresponde a *El mariscal de campo*, de Juan Villoro. Del autor conocíamos ya algunos cuentos publicados en revistas y en el volumen colectivo *Zepelin compartido*.

El mariscal de campo reúne tres cuentos



en los que el lenguaje ha adquirido mayor precisión, el tratamiento de la anécdota más disciplina y el humor más libertad. "El verano y sus mosquitos" narra la desesperación de un estudiante mexicano en un internado de los EE. UU. ante el encierro al que está sometido por los reglamentos. Privado de "chavas", de libertad para nadar y tomar leches malteadas o Corn flakes a su antojo, y sin otro consuelo que imaginar un escape y matar a sus celadores ("sabiendo que no había sido en serio, que lo que había matado era mi almohada"), el narrador ha perdido su última esperanza: "ni siquiera Dios me podía sacar de ahí". *El mariscal de campo* presenta a un personaje de 16 años que se debate entre el fútbol y el amor, Maracanã e Isabel, la gloria de jugar en el Estadio Azteca o de salir con su enamorada al cine, a tomar churros con chocolate o a las luchas ("pensó en llevar su camisa de dragones y sus zapatos de tacón aerodinámico"). "El cielo desnudo" es un cúmulo de reflexiones que no dejan en paz al insomne Rodolfo. El universo deja de ser un teorema abstracto para mezclarse con la rutina diaria ("Después se quedó dormido, soñando que llevaba en sus calcetines la medida del universo").

El lenguaje de Juan Villoro es el lenguaje de un interesante "contador de cuentos", más o menos a la manera en que lo entienden Borges y Bioy Casares. Todo en él intenta ser expresión sensible de los acontecimientos. Espontaneidad, color, adolescencia, humor, los cuentos de Juan Villoro transcurren con la fluidez de un buen conversador y con una causalidad lograda muy minuciosamente. Las continuas comparaciones, sintomáticas de su prosa, buscan siempre una certeza en la percepción de los

sentidos y se amparan en una ingenuidad voluntaria: "Metí la cabeza en el hoyo como si fuera el león de las películas gringas", "exactamente como si estuviera atrapado en un nebulosa o en un gran malvavisco", "sudando como si me rostizaran", "unas nubes chicas como palomitas de maíz", etc.

Quizás uno de los mayores logros de esta "máquina" de Villoro sea el provecho que el autor le saca a la ingenuidad adolescente en vista de una explosión de humor. La retórica de la "onda" pretende aquí algo más que un encuentro con la realidad. Su realismo, especialmente en "El verano y sus mosquitos", no representa un fin en sí mismo. Es más un instrumento que un punto de llegada, pues se puede entrever un anhelo por buscar temas de mayor complejidad. Seguramente que con la publicación de *El mariscal de campo* Juan Villoro inicia un proceso de asimilación de los límites del puro "contador de cuentos".

Francisco Hinojosa

Juan Villoro: *El mariscal de campo*

La máquina de escribir, México, 1977.

Kosinski el héroe de sí mismo

Como en su anterior novela, *El árbol del diablo* —que los kosinskianos ponen entre las "malas" con *Desde el jardín*— *Blind date*, la última que ha publicado Kosinski en Estados Unidos, se inicia con una escena